

AMOR ENTRE BOTES DE HUMO

Cuento

Bidazti

Esto sucedió hace una veintena de años, cuando los franceses -las malas lenguas afirmaban que para retener a los turistas en su país- entregaban un presunto “etarra” a la Policía española, sobre todo al inicio del verano. Y a cada entrega, los “abertzales” organizaban violentas manifestaciones de protesta con sus correspondientes cortes en la carretera de Madrid a Irún -a su estratégico paso por Rentería- provocando enfrentamientos con la Policía Nacional y la Guardia Civil -la Ertzaintza todavía estaba en “mantillas”- con lo que se organizaban unos “cacaos” de padre y muy señor mío entre pedradas, pelotas de goma, botes de humo, automóviles cruzados y autobuses incendiados; magnífico ali-ciente para animar a los veraneantes extranjeros a quedarse en las pacíficas tierras del otro lado del Bidasoa, con gran júbilo de hosteleros y comerciantes de Laburdi.

Un sábado de uno de aquellos agostos, el autobús de la línea San Sebastián-Fuenterrabía, se detuvo en Buena Vista. Por radio, recibió la orden de interrumpir su itinerario y regresar a la capital. El conductor informó a los pasajeros:

- Hay incidentes en Rentería. Han incendiado un autobús y no estoy dispuesto a que al mío le pase lo mismo dada la manía de los manifestantes en quemar autobuses. Así que, señores viajeros, aquí se termina su viaje.

Los viajeros se apearon a regañadientes, reclamando el importe de sus billetes pero aceptando, resignados, la decisión del conductor de no rodar, ni un metro más, hacia la zona “caliente”. Optaron por caminar hacia sus destinos si éstos eran cercanos o buscar otro medio de transporte.

Entre los que decidieron caminar, estaba Adela, muchacha de hermosos diecisiete años, no menos hermosos ojos garzos reflejando ansiedad traducida en frecuentes miradas a su relojito de pulsera.

Mientras caminaba con gimnástico paso carretera adelante –ahora desierta cuando siempre estaba saturada de coches- actuaba contra toda regla de andarín: calzaba zapatos de tacón alto y corría con ellos.

Seamos un poco indiscretos. En la parada que aquella línea de autobuses tenía a la salida de Rentería en la dirección a Irún, le esperaba un chico. Acordaron que él subiría allí al paso del “bus” sobre las ocho de la tarde. “Él” era Jaime, muchacho conocido por Adela desde meses atrás y con el cual bailó en distintas ocasiones. El motivo era acudir juntos a cierta Sala de Fiestas sita en la carretera hacia la ciudad fronteriza, donde, ese día, era de actuar un famoso cantante de moda.

Accedió al encuentro con ilusión tan manifiesta que, estaba segura, hizo diáfanos sus sentimientos. Esto la asustaba un poco. Chapada a la antigua, creía que, en los asuntos amorosos todo debía transcurrir por los cauces naturales: era “él” quien debía declararse a “ella”. De todos modos, fue Jaime quien sugirió soñador:

- ¡Allí estaremos solos! – con desprecio absoluto a los centenares de personas concentradas habitualmente en tales eventos.

La insólita afirmación se refería a que no tendrían el acostumbrado acompañamiento de amigos y amigas. ¡Esto ya era, casi casi, una declaración for-

mal! Su confirmación quizá tuviese lugar en el curso de aquel cálido atardecer agosteño. De ahí la importancia de su ¡primera cita!.

Bullendo en su cabeza tales pensamientos, corría, más que andaba, por el recalentado asfalto. El encuentro era hacia las ocho, ya lo dijimos, pero, por mucho que corriese, no llegaría a tiempo. Ansiaba con toda su alma que él supiese valorar los motivos del retraso.

Dejado atrás Pasajes, remontada la cuesta de Capuchinos, comenzó el descenso hacia la villa. Los pies le ardían y el corazón saltaba locamente en su jadeante pecho mas no podía detenerse. Era mucho —¡ilusión juvenil!—lo que creía estaba en juego para su futuro.

El humo del incendiado autobús, negro, espeso, maloliente, se sumaba al de los botes de humo, cubriendo la Avenida de Navarra, en



los alrededores de la iglesia del barrio de Iztietta. Esporádicos disparos, gritería y otros ruidos indefinibles, la impulsaron a penetrar en la población por la calle Viteri, huyendo de la carretera general. Siempre escapando al jaleo, cruzó la Plaza de los Fueros, subió hacia la plaza del Ayuntamiento para, tomando por la Calle Medio y la de Santa Clara, llegar a su ansiada meta.

De la torre de la Iglesia parroquial cayeron sobre ella, como losas, las campanadas de las ocho y media al iniciar la subida a la Herriko Enparantza. Bañada en frío sudor –cada paso comenzaba a cos-

tarle lo suyo, pues distaba de estar entrenada para marchas atléticas ni aún con calzado adecuado- cinco minutos más tarde alcanzaba el puente de Santa Clara, lugar de la cita.

Con la meta a la vista, la tensión nerviosa, su poderoso motor anímico hasta entonces, falló. Tomó conciencia de unos pies a punto de reventar en sangrientas ampollas. Miró su reloj ¡treinta y cinco minutos de retraso! ¡Qué idiota había sido! ¡Cómo creer que habría esperado tanto?

- *San Antonio bendito* –imploró trémula- *¡Haced el milagro de que me haya esperado, de que mi esforzada caminata no haya sido en vano!*

Y San Antonio le hizo caso: ¡Estaba allí! Se encontraba en la parada, mirando hacia la Alameda, donde se apreciaba considerable “movida”. Se acercó por detrás y le tocó en un hombro haciendo que se volviese rápidamente. Alegre sonrisa la acogió.

- *¡Has podido llegar!* –exclamó eufórico- *Con todo este jaleo, la verdad, no creía que pudieses. De todas maneras, estaba a la espera por si se renovaba el servicio de autobuses y vinieses en uno de ellos. ¿Cómo lo has hecho?*

- *He venido andando desde Buena Vista donde nos dejó el “bus”.*

- *No debieras haberlo hecho. Era más que comprensible tu ausencia.*

- *Nunca faltó a una cita ¿sabes?*

Claro que él pudo amoscarse ante tal afirmación. ¿Cuántas citas pudo tener en su corta vida? Pero ni se le ocurrió pensarlo. La chica, sin mencionar el estado de sus pies, deplorable coste de su esfuerzo, inquirió:

- *¿Estás aquí desde las ocho?*

- *Desde las ocho menos cuarto. Vi cómo se iniciaba el “tomate” en la Alameda. Incluso tuve que correr en algún momento. De no ser porque se interrumpió toda la circulación y con ello la posibilidad de que vinieras, hasta me hubiera divertido. Esto es más emocionante que un “encierro”. Lo malo es que, ahora, tendremos que “pinrrelar” hasta la Sala de Fiestas.*



Foto: Valentín

- *¿No será mejor dejarlo para otro día?*— sugirió la muchacha, aterrorizada ante la perspectiva de nueva caminata, pensar en la cual, despertó exacerbados los dolores de sus extremidades.

- *Quizá han suspendido el “show” a causa de los disturbios.*

- *No importa. Habrá baile por lo menos...*

- *Recuerda que debo regresar a Donosti... y sin autobuses...*

- *¡Bah! Dentro de una hora se habrá normalizado todo. Los manifestantes se quedarán sin piedras y los policías sin pelotas de goma ni botes de humo. ¿Tienes hora para volver?*

- *Tengo permiso del “aitá” hasta el último autobús... pero, ¿ya habrá ese último autobús? Tendré que coger un taxi.*

- *Bueno, eso lo veremos en su tiempo. Ahora, en marcha. En un cuarto de hora estaremos allí, y cogiéndola de un brazo inició la andadura, ajeno por completo a que la chica, mordiéndose los labios para no gritar de dolor al dar los primeros pasos, le ocultaba su revelador rostro*

El joven, dicharachero y feliz, hablaba hasta por los codos de puro nerviosismo. No todos los días está uno en disposición de “declararse”, aunque la mujer amada colgase de su brazo. Sin embargo, a medida que caminaban -la chica haciendo esfuerzos para ocultar su cojera y él extrañado de la falta de entusiasmo de ella- una sombra crecía interponiéndose entre los enamorados. A la palabrería de Jaime, ella contestaba con monosílabos, desconcertándole. Esperaba cierta colaboración y ánimo a su proyectada demanda, aun cuando fuese sólo en forma de alentadora mirada. ¡Ella, tan parlera y alegre en otras ocasiones! ¿Se habría equivocado al creer que le quería? Se le hacía fuerte declararse a una mujer obstinada en ocultarle la cara.

Ella, martirizando los labios para no gemir, vacilaba entre enterarle o no de sus dolencias, como si de algo punible se tratara. Estimaba vergonzoso darle la certidumbre de haber llegado a tal situación por él. Era chica de otro siglo. Al dolor y la angustia que experimentaba por mentecata, se sumaba la conciencia del creciente distanciamiento entre ellos.

Un traspie le arrancó un grito de dolor al tiempo que se agarraba, fuertemente, al brazo de su acompañante. (Seguro que San Antonio se lo hizo dar, harto de que fuese tan tonta) Jaime, extrañado, se dio cuenta de su anterior inopia al ver como desaparecía el color de la cara en la bobalicona Adela.

- *¿Qué te pasa, te sientes mal?* —preguntó solícito, encontrando súbita explicación a la tirante situación anterior y más cuando la doliente dejó escapar un... *¡Ay mis pobres pies!* -revelando la causa de la tragicomedia. ...

- *¿Cómo los tienes así? ¿Qué te pasó?* —preguntó el mozo cuando vio el maltrecho estado de los mismos.

Y ella le contó, entonces, lo que mucho antes debiera haber hecho.



- ¡Pero, criatura! –estalló Jaime- *¿Por qué no me lo dijiste? Llegué a pensar...*

No dijo lo que llegó a pensar.. Se miraron con nuevo brillo en los ojos, con algo firme, confortante, certificante de su mutuo amor

- ¡Cariño! –exclamó él saliéndole del alma- *No te preguntaré si me quieres, bien claro lo dicen tus pies... Pero yo si te diré: ¡Te quiero, te amo, te adoro... no sabes bien cuánto...!*

Y sin importarles las gentes que pasaban a su lado, se besaron con el corazón lleno de infinita ternura, en tanto dos lagrimones descendían por las mejillas de la timorata, olvidada momentáneamente de sus dolores por el bálsamo de su primer beso de amor.

Adela se dejó llevar cuidadosa, mimosamente, hasta un bar de Gabierrota donde esperar sentada la llegada del taxi pedido por teléfono a Oyarzun para, por la autopista libre de algaradas, llevar a la chica a su casa en Donostia.

La muchacha dejó hacer al chico, gozosa de su solicitud y cariño. Fervorosamente prometió mil cosas a San Antonio por haberle resuelto tan a su satisfacción, aquel problema -uno de los más fáciles para el Santo, seguramente- pese a los revoltosos, los autobuses incendiados, los botes de humos policiales y... las ampollas en sus pies.

Y hoy, veinte años después, constituyen un matrimonio feliz, que se ríe de aquella aventura, aunque a ella su recuerdo le suscite un ramalazo de dolor que le sube desde los calcañares, reflejo de aquel que, ahora, considera venturoso. Y a él le da un regusto recordar la prueba de amor que ese dolor supuso y que fue el fuerte basamento de su dichoso matrimonio.

En cuanto al lugar del encuentro ¿quién lo reconocería hoy? Rentería ya no se llama así oficialmente sino Errenteria y a triplicado su población con nuevas barriadas como las de Beraun, Agustinas, Fandería... El puente de Santa Clara sigue allí, aunque muy modificado y la parada del autobús Donostia-Hondarribia también.

En cuanto a las algaradas ya no son frecuentes aunque se sigan produciendo esporádicamente por diversos motivos..

Y así sigue la vida fluyendo como el Oiartzun, a veces bullente y arrasador, a veces, semi seco. Lo que no sabemos es si San Antonio seguirá recordando éste rincón errenderriara. Por lo menos, a mí no me lo ha dicho.



Foto: Valentín